

Los Primeros Cien Años de la Colonización Judía en Argentina

Daniel Silber ^(*)

Es una verdad de perogrullo afirmar que ya casi existen familias judías que vivan y trabajen en el campo; sí hay propietarios de tierra y establecimientos agropecuarios de origen judío, pero trabajadores agrarios, campesinos judíos, ya prácticamente no hay. Quizá haya algunos en los pueblos de las zonas rurales, pero se van convirtiendo en una verdadera rareza. Pero, ¿fue siempre así? ¿o lo podemos considerar como un fenómeno relativamente moderno?

Para responder a estos interrogantes es preciso remontarnos 100 años atrás, bucear en la historia de la inmigración judía, estudiar su desenvolvimiento; al instante, obtendremos una primera respuesta: efectivamente, los primeros judíos que llegaron a nuestro país -no individualmente, sino en forma colectiva, en contingentes organizados- lo hicieron para trabajar la tierra, para ser colonos. Y esos primeros grupos, que luego se multiplicaron, fueron la base de una importante masa de trabajadores agrarios -chacareros, braceros, pequeños hacendados, peones, tamberos- que hacia la década del '20 vivían y producían en el campo. Esa base agraria judía es donde se cimentó el grueso de la inmigración judía en la Argentina: si bien hubo muchos recién llegados que no fueron colonos, la mayoría de los que arribaron organizadamente -y no por su cuenta o iniciativa-, trajo la intención de radicarse en el campo y poblar una de las tantas colonias agrícolas que se crearon en nuestro país. Y justamente este año -1989- recuerda los primeros 100 años desde que ancló a nuestro suelo el primer contingente de judíos, a bordo del vapor "Weser", procedente de la vieja Europa.

I. Los emigrantes

¿Quiénes eran aquellos barbados personales, de largo y oscuros sobretodos? ¿o esas mujeres, de cabeza cubierta con una pañoleta? ¿de dónde provenían, ya que hablaban una lengua tan extraña? ¿qué había sucedido? ¿cómo era que se aventuraban hasta llegar a la Argentina?

Esos seres que desembarcaban de destartalados navíos, después de recorrer miles de kilómetros y de desventuras con pasajes de cuarta categoría, eran grupos de emigrantes judíos originarios de la Rusia zarista y autocrática, que corridos por el hambre, las persecuciones, la intolerancia, la miseria, la falta de perspectivas, los vejámenes, las postergaciones, la desesperación huían de sus antiguos villorrios y poblados. Habían vivido largo tiempo en pequeñas aldeas, arrinconadas en oscuros "ghettos", padeciendo el desprecio, la marginación, la violencia económica, religiosa y social; los "pogroms" los habían marcado a fuego, la imposibilidad de acceder a la educación y al trabajo creador los había convertido en buhoneros y artesanos de zapatos, pieles y telas; la segregación

(*) *Profesor de Historia egresado de la Universidad Nacional del Litoral.*

los había hecho hablar sólo el iddisch. Ahora se encontraban en la búsqueda de su dignidad, de volver a sentirse hombres plenos; y lo buscaban en el trabajo fecundo y labrar la tierra, de la tarea agrícola como forma de redención, de reencuentro con un pasado luminoso y lejano, acaso perdido.

Habían llegado a la Argentina desde las profundidades de la vieja Rusia, que los expulsaba con mil artimañas, y se sumaban a un proceso del que sólo eran una parte, del que eran un grupo más de los tantos que eran echados de sus propios países por el avance incontenible del capitalismo.

A escala internacional se estaba desarrollando la etapa expansiva del capitalismo: el imperialismo reclamaba nuevas operaciones, nuevos tipos de actividades productivas y exigía a todos el máximo. De todos los rincones de Europa, los más humildes, los más débiles padecían la violencia económica, política y social que los asfixiaba, y buscaban, tratando salvarse, nuevos horizontes.

Creían que iban al encuentro de una salida a su desesperación, pero en realidad no sabían (no podían saberlo), que se iban a integrar de una manera diferente y más eficaz a la rueda trituradora del mecanismo imperial; eran polacos, franceses, irlandeses, italianos, españoles, rusos, alemanes, turcos, judíos, rumanos los que protagonizarían uno de los hechos más sorprendentes de la historia moderna: un éxodo de millones de seres humanos, hambrientos de justicia y dignidad que se transplantaron del Viejo al Nuevo Continente, depositando en él toda su esperanza y dotándolo de la fuerza de trabajo que éste carecía (o que no quería incorporar, ya que las elites locales practicaban un racismo de nuevo -y viejo- cuño al someter y postergar a las masas indígenas que deploraban).

II. El país

Estos inmigrantes, que llegaban por cientos de miles anualmente, ingresaban a lo que creían (y la propaganda les vendía) como un nuevo Paraíso; la difusión oficial y privada, intensa y eficaz desarrollada en sus países de origen así lo certificaba, y frente a las anteriores condiciones de existencia, verdaderamente este lugar se asemejaba bastante a lo soñado.

La Argentina de aquellos años era uno de los denominados “países jóvenes”, que buscaban insertarse más o menos efectivamente en la nueva división internacional del trabajo, papel que le era asignado por un capitalismo con una dinámica en plena expansión, crecimiento y agresividad. Su rol fue definido con claridad meridiana: productor de materias primas, y especializándose en desarrollar el modelo agro-exportador, suministrando a las metrópolis coloniales las carnes y los granos a bajos costos.

Desde los días de la conformación del Estado Nacional -en términos modernos-, se venía dotando a éste de todos los instrumentos políticos legales que le permitieran cumplir ese papel con la mayor corrección posible. Las capas y clases dominantes no ahorraron medios a su disposición para alcanzarlo, y si en algunos casos no alcanzó la acción legislativa, la corrupción y la violencia actuaron como formas complementarias.

Las élites gobernantes, que venían conformándose sobre la base de las antiguas alcurnias que participaron -a través de algún antepasado- en las guerras de la Independencia (o más recientemente en las civiles), ahora se complementaban con la incorporación de nuevos sectores, como ser los grandes hacendados que crecieron bajo la sombra

del rosismo, los grandes comerciantes y barraqueros “liberales”, tan estrechamente vinculados al monopolio británico, y los capitalistas e inversionistas extranjeros, fundamentalmente ingleses.

Potencialidad natural no faltaba; por el contrario, la existencia de enormes y feroces praderas prácticamente desocupadas e inexploradas, y la anexión que se había practicado en forma creciente de enormes nuevas extensiones (el Chaco y la Patagonia), con el consiguiente desplazamiento de los restos de los grupos indígenas sobrevivientes del genocidio practicado por el Ejército Nacional, hacia las regiones más inhóspitas, apartadas y desfavorables, fueron creando las premisas materiales para llevar adelante el proyecto modernizador, que se resumía en dos conceptos: “Paz y Administración”.

Los capitales, en especial los británicos (aunque también los franceses y alemanes), ya habían hecho su aparición en la región (no olvidemos la guerra contra el Paraguay, promovida y financiada por Gran Bretaña en aras de un supuesto “libre comercio”), y sólo esperaban mejores condiciones internas para potenciarse, buscando oportunidades en las que la rentabilidad fuera la máxima.

Faltaba sólo el elemento humano, la fuerza de trabajo que pusiera en movimiento toda esa potencialidad en estado latente, y comenzara a arrojar pingües ganancias. La misma Constitución Nacional (desde el Preámbulo al articulado) auguraba benéficas condiciones a los inmigrantes, cosa que se amplió y desarrolló con toda una prolifera labor legislativa y oficial sancionada posteriormente. La Ley de Inmigración de (1879) y decretos en particular referidos al tema actuaron en tal dirección, legalizando situaciones. Políticos, escritores, ensayistas, legisladores, funcionarios, gobernantes no ahorraron adjetivos para argumentar las bondades que significaba la inmigración; el “establishment” local de la época operaba en pleno en tal sentido y hacía suyo, dándole un contenido muy particular al alberdiano “gobernar es poblar”.

Comenzó entonces una primera etapa en que la promoción de la inmigración corrió por cuenta del Estado, quien a través de una intensa propaganda en Europa trataba de reclutar a futuros colonos, con la garantía de asegurarles tanto el pasaje de ida, como cierta estadía, el traslado a la colonia, aperos, instrumentos de labranza, así como ciertas facilidades en el pago de las tierras a trabajar.

La existencia de una “bolsa de tierras” era casi infinita, por lo cual, aparentemente, las posibilidades eran de igual magnitud.

Sin embargo, esta acción oficial -directa o a través de agentes o concesionarios-, tuvo poca duración; el mecanismo que más se extendió fue a través de empresas de colonización, que adquirían a muy bajos costos esas tierras fiscales (o les eran cedidas como contrapartida por determinados trabajos o servicios), y luego la colonizaban en forma privada, obteniendo una renta excepcional, ya que los pagos que efectuaban los colonos superaban varias veces el valor original de la parcela y de las “facilidades” que se les había otorgado.

Se pasa así de la venta de pequeños lotes (y de la posible formación de una capa de pequeña burguesía rural propietaria), al sistema de arrendamiento, que asegura la existencia del latifundio y el alza artificial del precio de la tierra.

Se practicaba así un despojo descomunal a aquellos incautos colonos, los que arribaban a estas tierras con la ingenuidad propia de quien desconoce las brutales reglas de

juego que impone el sistema capitalista dependiente, y una clase -la élite local-, de características parasitarias. Estas maniobras, dolosas en su gran mayoría y de índole exclusivamente lucrativa con una factura muchas veces dudosa, fueron modelando un sistema perverso que se ensañó con quien trabaja, al tiempo que entretejía una malla de privilegios y prebendas para unos pocos, entre los que se encontraban los sectores gobernantes locales, los inversores extranjeros, los grandes hacendados, sectores todos que fueron estableciendo mutuamente múltiples canales y compromisos a través de una trama de alta complejidad (negocios, asociaciones comunes, matrimonios), de modo de asegurarse la parte del león. Praderas ganaderas, ferrocarriles, tierras para colonizar, inversiones financieras, obras públicas eran un extenso sistema en el que éstos actuaban, explotando y relegando al trabajador (urbano y rural) y al colono.

Es aquella época en la que se inicia una nueva etapa en la historia nacional, época que con sus modificaciones -pasaron 100 años- es la que vivimos aún. Es en ese momento cuando se terminan de resolver algunas importantes cuestiones que vienen de arrastre y cuando se define, bajo la hegemonía de la oligarquía terrateniente “modernista”, y como parte del proceso de expansión del capitalismo, nuestra definitiva inserción y perfil como país dependiente, en la división que se genera entre países oprimidos y opresores. El afianzamiento de los intereses de los terratenientes (y su instalación en el poder), con el consiguiente encarecimiento de la tierra, traba toda posibilidad de desarrollo ulterior de la pequeña y mediana propiedad agraria, lo que condujo inclusive a la ruina de algunos sectores medios rurales preexistentes. El arrendamiento reemplazó a la venta de parcelas, y la explotación extensiva a la diversificación productiva ensayada en las primeras colonias.

III- La Colonización

La gran mayoría de los colonos judíos llegados a la Argentina no lo hicieron en forma espontánea: por el contrario, y tal como se acostumbraba en aquel momento, lo hicieron bajo la tutela de una de las tantas empresas de colonización existente: la Jewish Colonization Association (J.C.A.). Esta empresa era dirigida por un financista francés, el Barón Mauricio de Hirsh, quien inspirado quizás por sentimientos humanitarios, resolvió encarar una actividad que vinculara lo filantrópico con lo rentable. Así creó la J.C.A., que se encargaba de reclutar los colonos, financiar el viaje, estadía, tierras y aperos de labranza en colonias sobre tierras que previamente había adquirido.

Decimos “financiar”, ya que todo lo que la J.C.A. proporcionaba era en calidad de préstamo (como el correspondiente interés anual), ya que los colonos debían devolver todo. Respecto de las tierras, se firmaba un contrato -que era una “promesa de venta”- por el cual el colono se comprometía a pagar la tierra en 20 anualidades (más un interés del 4%) sin poder adelantar pagos y poniendo la cosecha como garantía de pago.

La J.C.A. era omnipresente: no sólo se encargaba de administrar la colonia, sino que también supervisaba la actividad social, cultural, religiosa, lo que llevó a que algún crítico la calificara como “feudalismo filantrópico”.

a) Las colonias

Durante toda su actuación, la J.C.A. creó numerosas colonias aunque no todas las colonias judías dependieron de ella; hubo algunas fundadas por colonos que se fueron de aquellas, para establecerse en forma independiente, debido a las condiciones asfixiantes exigidas por las administraciones locales.

El grueso de las colonias se encontraba ubicado en las regiones periféricas de la Pampa Húmeda, muy distante unas de otras; es así como encontramos colonias en Santa Fe, Entre Ríos, La Pampa, Buenos Aires, Santiago del Estero, Chaco y Río Negro; en general, las existencias en las últimas dos provincias eran las que se habían independizado de la tutela de la J.C.A.

No siempre las colonias estaban situadas en los mejores o más apropiados lugares; si en Santiago del Estero o Montefiore (Santa Fe), las tierras eran pobres, en Mauricio (Buenos Aires) o en Rivera (Buenos Aires) había que buscar el agua -que resultó ser salobre- a una profundidad tan extraordinaria que se esterilizaba el esfuerzo.

De la configuración geográfica del proceso colonizador judío podemos extraer tres conclusiones: 1) las colonias se encontraban en regiones marginales; 2) estaban desconectadas unas de otras; 3) su dispersión era notoria, tal como se hubiera preconcebido tal proyecto, de manera de debilitar una probable acción común frente a problemáticas similares.

Si en 1914 las colonias de la J.C.A. eran 9 sumando unas 550.000 has.; hacia 1940 eran 16, con una extensión de casi 620.000 has.; a estas colonias habría que sumarle las colonias independientes -Médanos, Villa Alba, Lapin- y los grupos de colonos que se instalaron en la región suroeste del Chaco (Charata, Gral. Pinedo).

El grueso de las tierras se concentraba en Entre Ríos (70%), aunque muy disperso; el núcleo inicial lo compusieron Moisés Ville, Mauricio, Clara y Lucienville, las que a la postre se constituyeron en el fundamental, ya que de ellas provenía el grueso de la producción de los principales rubros que conjuntamente generaban todas las colonias.

En lo referido a la población, en 1916 habitaban unas 24.500 personas en 17 pueblos (4 en Santa Fe, 6 en Buenos Aires, 7 en Entre Ríos); la mayoría de ellos eran colonos con sus familias (79%), y el resto nuevos colonos (futuros colonos y peones) y artesanos. La mayoría (14.000 - 58%-), vivía en el campo; el resto, en dos pequeños núcleos urbanos.

Hacia 1940, el total de habitantes se había modificado sustancialmente, ya que sumaban unos 26.500, lo que nos señala un proceso de desaceleración en la dinámica demográfica. Este es un dato de gran significación, si se tiene en cuenta que no sólo hay que contemplar el natural crecimiento vegetativo, sino que hay que considerar el incremento poblacional como consecuencia de la afluencia de nuevos inmigrantes, representado por una oleada de europeos, esta vez constituido por colonos austriacos y alemanes que huían de la barbarie nazi. Esto nos señala que, al igual que en el resto del campo argentino, en las colonias judías se verifica un intento de éxodo rural hacia las ciudades.

En lo que respecta a las producciones, si bien en un primer momento las colonias eran prácticamente monoproductoras (especialmente trigo), con el transcurrir del tiempo, en base a la experiencia y las modificaciones de los mercados, adquirieron un grado de diversificación. El carácter predominante fue el de explotación granjera sobre agricultura, cosa que fue toda una innovación para el momento, siendo muy comentada (y favorablemente) por los especialistas de la época; también se incursionó en avicultura, ganadería e industria derivadas, apicultura, horticultura. Más tarde, algunas colonias se reorientaron hacia la ganadería, particularmente la producción lechera y el engorde, o hacia el lino o alfalfa.

Entre los cultivos, los más destacados fueron el trigo, el maíz, la alfalfa, el lino, la avena, la cebada, el centeno, el sudam-grass, habiéndose sembrado, hacia 1940, unas

250.000 has. Para esa misma época, la producción general de las colonias se distribuía de la siguiente manera: 68% de la agricultura; 8% de la producción láctea; 24% varios (venta de hacienda, huevos, aves).

b) La actividad social

Más allá de la actividad económica, por cierto intensa, registrada en las colonias, un dato muy destacado y sobresaliente, es la prolifera actividad social y cultural generada en cada una de ellas; porque además de ser notable en cuanto a la diversidad de iniciativas emprendidas es llamativa la participación y dimensión de las mismas.

Partiendo de las instituciones religiosas, también se multiplicaron las escuelas, clubes, bibliotecas, hospitales, sociedades de beneficencia, revistas, periódicos, grupos teatrales, coros, de solidaridad internacional, cooperativas, sin mencionar la infinidad de veladas culturales y recreativas (bailes, competencias, encuentros inter-coloniales) que se registraban y animaban la vida de todas y cada una de las colonias.

Un renglón destacado lo ocuparon las publicaciones; desde el primer “El Colono Israelita Argentino”, pasando por el “Colono Cooperador”, “El Alba”, o “El Campo” no sólo se informaba a los colonos de los hechos locales, sino que se transformaron en un riquísimo ámbito de debate y reflexión, en los que se formaron decenas de activistas sociales con criterio amplio, independiente y crítico, que aportaron una visión avanzada a un vasto conjunto de temas de la compleja problemática social.

Sin embargo, un punto insoslayable es la actividad cooperativa que se desarrolló en todas las colonias, ya que la misma abarcó una extensa gama que incluía el crédito, el consumo, la comercialización, al tiempo de convertirse en verdaderos centros motores de cuanta actividad social se impulsase en las colonias. En cada una de ellas alcanzó el cooperativismo un grado de evolución muy avanzado, cruzando el espectro social de los lugares con un sentido plural y solidario.

Prácticamente no hubo hecho, circunstancia, acontecimiento, realización de la comunidad en que la Cooperativa estuviera ausente; su presencia fue múltiple y decisoria, dinamizante y realizadora de muchos de los anhelos de los colonos.

Buscar las causas y antecedentes en esta materia sería un desafío; creemos que habría que remontarse a las viejas prácticas comunitarias y de solidaridad social traídas desde Rusia (hospitales, albergues, hospicios, escuelas), que en las nuevas condiciones materiales y sociales de la pampa argentina, en donde se respiraba un hálito de libertad, cristalizaron bajo la forma renovada del ideal y la acción rochdaliana. Por otra parte, la necesidad misma de nuclearse para enfrentarse ante un medio en el que la presencia de los monopolios era tangible (Dreyfuss, Bunge y Born) en el mercado cerealero y en el de las máquinas agrícolas, reafirmó los lazos de solidaridad y acción común, que se tradujeron en herramientas concretas, como son las cooperativas.

Originalmente quizá haya sido una suerte de maniobra defensiva, pero luego se convirtió en un instrumento, el más poderoso quizá, con que contaban los colonos que pensaban crecer y no someterse ante las presiones que ejercían esas grandes empresas, y de la misma J.C.A. Si originalmente nucleaba solamente a colonos y trabajadores de origen judío, más adelante se incorporaron otros integrantes de distinta fe religiosa, de acuerdo a los principios del cooperativismo.

Al tiempo de ser un centro para la actividad económica, la cooperativa se convirtió en un pueblo de reunión, de encuentro, al que se concurría no sólo por necesidades materiales, sino también a conversar, a tomar una copa, a intercambiar opiniones con los conocidos: se transformó, como la estación del FF. CC., la sinagoga o la escuela, en un centro de actividad social.

Dice la recopilación “Cincuenta Años de la Colonización Judía en la Argentina”: “... en un principio, las cooperativas se beneficiaron con préstamos importantes facilitados por la J.C... “ , aunque también fueron importantes los fondos recaudados como seguro ante las posibilidades de la ruina, ya sea por un incendio, una mala cosecha o por la llegada de la plaga, los que formaron la base inicial para la acción.

De esa manera fueron surgiendo una a una, en todas las colonias, las cooperativas, las que se prestaron mutua ayuda en los momentos iniciales y en los de dificultad.

Eran comunes las visitas a los puntos más lejanos de los dirigentes cooperativistas más destacados, hasta que en el año 1910 se sentaron las bases de una Federación de Cooperativas, en la que inicialmente participaron las de Clara, Lucienville, Moisés Ville, Mauricio y Rivera, ya que de acuerdo a las concepciones de esas instituciones, la cooperación no podía (ni debía) restringirse al estrecho círculo local.

Historiar la larga y fecunda vida de cada una de las cooperativas agrícolas de las colonias daría para un trabajo en sí mismo, dado el variado y riquísimo desenvolvimiento que tuvieron, así como los aportes que realizaron. Sin embargo, algunos puntos son necesarios destacar y recordar.

Ante todo vale la pena señalar el empeño que los dirigentes cooperativistas hubieron de imponer ante los distintos tipos de maniobras de desacreditación que surgían (no debemos olvidar que este tipo de organizaciones comunitarias no existían con anterioridad, por lo que fueron pioneras en su actuación). Los comerciantes de las colonias se consideraban benefactores, ya que consideraban que mantenían al colono hasta la cosecha, motivo por el cual exigían un “reconocimiento” que incluía lo económico y el prestigio social; habituados a esta práctica, no pudieron admitir la idea que el colono renunciara a esa situación de “ser favorecido por el crédito”, y que tomara los asuntos en sus propias manos: se independizaba.

Por otra parte, si ya no contaban con el beneplácito de un medio aletargado y acostumbrado a ciertos usos y modalidades, tampoco las cooperativas contaban con el favor de la J.C.A., la que veía en ellas algo peligroso; de esa manera, el colono contaba con un instrumento que le permitía un accionar más autónomo, y que le posibilitaba tratar con la empresa colonizadora desde posiciones mejores, ya que no era el individuo el que negociaba diversos temas, sino una entidad que nucleaba a varias decenas de socios.

La primera de las cooperativas fue la fundada en la colonia Lucienville (Basavilbaso-E.R.) en el año 1900, siguiéndole luego la de colonia Clara en 1904, Moisés Ville en 1908, Rivera en 1909 (desaparecida en 1920 y luego vuelta a fundar), para multiplicarse y consolidarse en casi todas las colonias hacia 1920.

Entre las funciones de un vasto y complejo programa que se daban, podemos citar:

1) Hacer anticipos a los colonos a corto plazo (hasta la cosecha) a un interés moderado.

2) Conceder a precios económicos los artículos de consumo y los objetos necesarios para la explotación agrícola y sus reventas, otorgando beneficios que permitan subvenir los gastos generales.

3) Venta común de los productos agrícolas de las colonias.

4) Seguros mutuos contra incendios, plagas, mortandad de ganado.

5) Creación de un fondo especial para asegurar a los colonos la semilla, en caso de pérdida total de la cosecha, formado por un aporte de un 1% del producto bruto de la explotación general.

6) Representar a la colonia ante las distintas instituciones (Estado nacional y provincial, J.C.A., bancos, ferrocarriles, etc.)

7) Ayuda en la organización de los servicios comunitarios: hospitales, farmacias, médicos, sostenimiento de puentes y caminos, creación de bibliotecas y otros organismos culturales (conferencias, cuestiones agrarias, perfeccionamiento, desarrollo intelectual).

Todas estas funciones le valieron el reconocimiento del conjunto de los colonos y no pocos enfrentamientos con la J.C.A., ya que ésta trababa e impedía su desenvolvimiento, fomentando el individualismo y la división.

La primera venta cooperativa de cereales se realizó en Colonia Clara (Domínguez, E.R.), lo que importó a los colonos un beneficio superior al 10% al precio ofrecido por los comerciantes de la zona; esta idea maduró, hasta que poco después eran ya colonos de toda la región los que almacenaban su semilla en los galpones recientemente construidos y operaban con la cooperativa.

Es de notar que en el convenio firmado por los colonos no figura la palabra “cooperativa”, ya que era nueva, extraña e incomprensible; sin embargo, en la práctica, ya se había constituido. Una característica, pintoresca si se quiere, es que las primeras actas (y hasta muy avanzado su desenvolvimiento) se escribieron en idish.

No podemos dejar de mencionar un hecho singular: en medio de la crisis de 1930, se construyó en Villa Domínguez (colonia Clara) un elevador de granos, compuesto de ocho silos en dos hileras de cuatro cada una, a pesar de las tremendas dificultades financieras que hubo que superar. La inauguración fue concretada en 1931, siendo uno de los primeros en la provincia de Entre Ríos, para ser expropiado por el Gobierno unos años después (el que fue devuelto a la Cooperativa hacia 1961).

Para terminar con este párrafo, debemos mencionar la intensa y creativa labor cooperativista llevada a cabo por Miguel Sjaroff, Miguel Kipen, Marcos Wortman, Noe Yarcho y otros más, quienes partiendo de un ideal, pusieron todas sus energías y su voluntad en concretar las más diversas iniciativas y los más variados emprendimientos en aras del bienestar material y moral de la comunidad.

Para tener una idea del elevado concepto moral que se tenía en las colonias y que animaba a los cooperativistas, he aquí un ejemplo, fechado en 1912: “... es sencillamente increíble que quienes producen pan para todo el mundo no tengan ellos qué comer. Pero es una verdad deplorable que, inmediatamente después de la cosecha, muchos colonos deban pedir prestada un bolsa de harina...; cada colono guardará para sí 20 fanegas de trigo, a fin de canjearlas por harina; creemos que todos comprenderán que esas fanega son sagradas para el colono y ningún acreedor podrá decir nada en contra...” decía una declaración del Fondo Comunal de Domínguez.

Por último, de un anuncio propagandísticos, mencionamos los servicios, variados y múltiples que brindaba una cooperativa, (en este caso, la de Moisés Ville); venta de cereales y semillas, corralón, ferretería, almacén, tienda, máquinas agrícolas, seguros, venta y compra de hacienda, selección de semilla, sucursales en localidades de la zona. Otra (el Fondo Comunal de Villa Domínguez) agregaba cremería, productos de granja, transporte, equipos cinematográficos, productos lácteos.

En definitiva, en las colonias se dio origen a una variada gama de cooperativas: agrarias, carnicerías, lácteas, agropecuarias (campo de pastoreo comunes), de crédito. Sin ir más lejos, las cooperativas lecheras de la zona de Moisés Ville dieron origen, junto a otras del lugar, a SanCor.

La significación de la cooperativa, especialmente en las zonas rurales, trasciende y supera largamente el marco de lo económico; más allá de ello, le da a la vida campesina un contenido, la fortifica moralmente, le da seguridad y le ofrece un punto de apoyo y referencia; le asegura al colono la solidaridad colectiva.

Allí radican las razones del éxito, y más allá de los factores negativos o positivos que se puedan contabilizar. Sabiéndose parte de un movimiento organizado, que inclusive va más allá de su propia comunidad, y no un ser individual, el chacarero, el tambero, el pequeño productor agropecuario, siente un respaldo: he allí la significación y valía de las cooperativas.



IV- Palabras finales

Hasta aquí sólo hemos hecho un breve recorrido por una historia realizada por hombres y mujeres de verdad, de carne y hueso, por seres humanos que sufrían ante cada derrota y se alegraban ante cada victoria, por pequeña que fuera.

No es esta síntesis (ni puede serlo) algo definitivo; sólo es una aproximación y al mismo tiempo es un homenaje a aquellos que con su trabajo cotidiano, su esfuerzo individual y colectivo, su voluntad de superarse y vencer las trabas que ligaron su suerte a esta tierra, a la que soñaron pródiga, libre e independiente.

COOPERATIVAS AGRÍCOLAS

Colonia	Año 1914		Año 1940	
	Nombre	Socios	Nombre	Socios
Mauricio	Centro Agrícola Israelita	157		
Mois és Ville	La Mutual Agrícola	502		
Clara, San Antonio y	Fondo Comunal			
Santa Isabel	(luego se divide)	744		
Lucienville	Soc. Agrícola Israelita	222		
Barón Hirsch	Soc. Coop. Agrícola	251		
N. Leven	Unión Cooperativa	272		
Dora	El Progreso Agrícola	79		
Montefiore	Asociación Agrícola	178	La Fraternidad Agrícola	118
San Antonio			Agricultores Unidos	63
Santa Isabel			La Unión	79
Palmar-Yatay			Palmar - Yatay	67
L.Oungre-L.Cohen			Ocavi	195
Walter Moss			La Luchadora	60
Avigdor			Avigdor	131

COOPERATIVAS TAMBERAS

Colonia	Nombre	Año/Fundación	Socios
Barón Hirsh	Tamberos B.Hirsch en Rivera	1931	395
L.Ongre	Cremería Alcaraz	1937	172
Clara	Cremería Leven	1940	58
Mois és Ville	Tamberos Palacios	1934	42
	Tamberos Las Palmeras	1936	101
	Tamberos Wavelberg	1936	81
	Tamberos Virginia	1937	33
	Tamberos Zadoc-Kahn	1937	52
	Tamberos Monigotes	1940	84
	Tamberos Algarrobal	1941	
	Tamberos Montefiore	1941	